



500 años y contando

José Manuel Capella-Pratts

En este año se celebran 500 años desde que Martín Lutero clavó sus 95 tesis, fecha que ha servido para señalar el inicio «oficial» de un movimiento que marcó profundamente la historia de la Cristiandad y la historia de la Civilización Occidental: *la Reforma Protestante*. Es posible que para algunos de nosotros¹ esté bien claro de qué se trata todo esto, pero, para otros no. Por tal motivo, comienzo este ensayo compartiendo un breve recuento histórico.² Alguien dijo con mucha razón que el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetir los mismos errores, y esto incluye a la Iglesia.

Antecedentes históricos

Cuando miramos los comienzos de la Iglesia en los primeros siglos después de Cristo, tal como lo testifica el Nuevo Testamento, encontramos que los creyentes eran perseguidos, torturados y asesinados por su fe en Jesús. La Iglesia se levantaba en medio de un imperio que demandaba adoración y lealtad hacia sus dioses, incluyendo al emperador o César. Cuando los creyentes afirmaban que su adoración y lealtad sería solo para Cristo, estas eran consideradas como gente «atea» (¡que irónico!) y condenadas a crueles tormentos. En medio de esto, muchos creyentes preferían ser quemados, o despedazados por bestias salvajes en un coliseo, antes que negar su devoción al Señor que les sacó de las tinieblas a la luz admirable.

Pasaron tres siglos y algo interesante ocurrió: el emperador romano Constantino, abrazó el cristianismo y lo declaró como religión del imperio. Esto significó un giro drástico la cual durante tres siglos vivieron nuestros antepasados cristianos. La Iglesia ahora estaba en una mejor posición. Se fueron gestando leyes para abolir las luchas a muerte de los gladiadores, mejorar las leyes del matrimonio y aún las condiciones de los esclavos. Los líderes cristianos comenzaron a adquirir posiciones de poder e influencia en el gobierno que alguna vez los perseguía. Las Iglesias comenzaron a disfrutar de ciertas exenciones contributivas. La Iglesia tuvo acceso a una adoración libre en donde utilizó abiertamente las herramientas de arquitectura, escultura, pintura y otras artes. Cualquiera diría que el «reino de Dios» había tomado el control y las personas creyentes se encontraban prácticamente en el paraíso tan anhelado. Desde ese contexto, el evangelio podría fluir libremente y alcanzar un crecimiento nunca antes imaginado. Sin embargo, todas estas bendiciones trajeron también ciertas complicaciones. El cristianismo ya no era algo por lo cual sufrir, sino que se convirtió en algo de lo cual beneficiarse y lucrarse. Muchos líderes políticos,

1. Reconociendo las limitaciones del lenguaje, y con la intención de honrar nuestras posturas de inclusividad, trataré de utilizar términos neutrales en cuanto a género. En aquellas instancias en que esto no sea posible, estaré intercambiando términos masculinos y femeninos.
2. En este resumen histórico sigo a Lefferts A. Loetscher, *A Brief History of The Presbyterians*, 4ta ed., Westminster Press, 1983.

siguiendo el ejemplo del emperador, dejaron el paganismo para abrazar el cristianismo, pero al hacerlo infiltraron en el cristianismo prácticas y estilos de vida paganos que terminaron secularizando la Iglesia.

Así continuó desarrollándose con los siglos el poder político de la Iglesia a tal punto que sobrevivió la caída del Imperio Romano. Viendo la corrupción existente en la Iglesia, hubo mujeres y hombres piadosos que decidieron apartarse y encerrarse a practicar la fe, formando eventualmente los monasterios. El poder político de la Iglesia continuó creciendo durante la edad media de tal manera que había emperadores y reyes que respondían a las directrices de los máximos líderes eclesiásticos. La Iglesia se volvió materialmente rica de tal forma que, mientras algunos optaban por una vida monástica humilde, otros optaban por el prestigio y la abundancia de la vida del clero. La Iglesia incluso llegó a cobrar impuestos y tributos. Esta costumbre degeneró a tal grado, que el máximo líder de la Iglesia, para construir la basílica de San Pedro en Roma, estableció un sistema de mercadeo y venta de perdón divino («indulgencias»). Usted tenía la oportunidad de adquirir, por una suma de dinero, un documento que le certificaba como persona perdonada y libre de ciertos castigos luego de la muerte.

En medio de tanta corrupción, hubo creyentes que levantaron su voz de alerta, llamando a la Iglesia a un arrepentimiento y una vuelta a las enseñanzas bíblicas. Uno de esos creyentes, quizás el más reconocido, fue el monje Martín Lutero. Desde joven, Martín había sentido la culpa por el pecado y había buscado muchas maneras de librarse de él y sentirse a salvo. Pasaba largas horas en confesión, castigaba duramente su cuerpo, hacía terribles penitencias buscando ser salvado según los métodos que la Iglesia enseñaba. Pero en una ocasión, estudiando la carta de Pablo a los Romanos (1:17), tuvo un encuentro con la verdad bíblica de que *«el justo por la fe vivirá»*. Al encontrarse con el mensaje de vida y esperanza gratuita que Cristo nos ofrece, Martín retó las enseñanzas y las prácticas de la Iglesia de su tiempo, dando paso durante ese siglo a un movimiento de reforma (o más bien, reformas) en la Cristiandad que abarcó toda Europa. Entre los puntos claves o enseñanzas que se rescataron podemos mencionar: el acceso de todo creyente a la Biblia en su propio idioma (antes solo el clero leía la Escritura); la salvación no es algo que se compra o se gana, es algo que Dios regala; el ser humano puede tener acceso directo a Dios en oración sin necesidad de otro mediador que no sea Jesucristo; Las Escrituras son la única regla de fe y práctica para el creyente. Esa es la historia que con alegría celebramos. En ese movimiento de los Siglos XVI y XVII encontramos los orígenes de nuestra Iglesia Presbiteriana y Reformada.³

Recordamos la Reforma

Habiendo sido parte de la Iglesia Presbiteriana desde mi niñez, tengo memorias de las celebraciones anuales del Día de la Reforma. En mi presbiterio de origen, se tenía la costumbre de hacer un magno evento donde gente de todas las congregaciones se unían para llevar a cabo un servicio de adoración a Dios el domingo más cercano al 31 de octubre. En tales asambleas se compartían sermones y discursos elogiando la valentía de quienes se involucraron en el movimiento reformado, aun en medio de grandes contratiempos y persecuciones; similar a lo que ocurrió con la gente de la iglesia primitiva. Recuerdo que, en aquellas celebraciones, aprendí dos frases célebres que dan identidad al movimiento. La primera: *«Ecclesia reformata semper reformanda, secundum Verbum Dei»* (Iglesia reformada, siempre reformándose de acuerdo con la Palabra de Dios). La segunda,

3. Cabe recordar que lo expuesto hasta aquí no es más que un **breve** resumen, apenas unas pinceladas de una historia mucho más extensa. Para entrar en detalles sobre las vidas y enseñanzas de otros tantos reformadores --como Úlrico Zuinglio y Juan Calvino-- no alcanzarían las páginas del presente ensayo.

las cinco *solas*: «*Sola scriptura, sola fide, sola gratia, solus Christus, y Soli Deo Gloria*». Recuerdo, además, en aquellos discursos el marcado **énfasis en el pasado**, muchas veces a expensas del presente y del futuro, cosa que siempre me generó gran curiosidad.

A través de mis años en la Iglesia, primero como miembro y luego como Ministro de la Palabra y los Sacramentos, he conocido gente que expresa un gran orgullo por nuestras raíces en la reforma protestante. Confieso que igualmente me invade un gran orgullo y, sobre todo, un profundo sentimiento de gratitud por nuestra herencia teológica reformada. No obstante, observo en muchas hermanas y hermanos la tendencia a entender la reforma como un conjunto de ideas y postulados a los cuáles adherirse, nuevamente, con un fuerte énfasis en el pasado descartando la importancia del presente y el futuro. Mirar el pasado es importantísimo. En ninguna manera debemos menoscabar el valor que tiene recordar, estudiar y considerar el pasado. Pero es importante la razón o razones por las cuales miramos el pasado. En primer lugar, es importante mirar el pasado para recordar que no fuimos nosotros los originadores de la fe cristiana. Millones de fieles han estado primero. El autor de la Carta a los Hebreos les llama «*grande nube de testigos*» (Heb 12:1, RVA-2015). Gente que ha dado su vida a través de las edades para hacer llegar el mensaje de la gracia de Dios en Cristo. En segundo lugar, es importante mirar el pasado para contemplar las lecciones aprendidas y el legado de quienes nos han precedido en el camino, tomando en consideración sus logros y fracasos, sus aciertos y sus errores. En tercer lugar, es importante ver el camino andado para percatarnos que hay que continuar. De esta manera celebramos y encontramos aliento, sabiendo que el Dios que dirigió a nuestros antepasados a través de pruebas y sinsabores, es el mismo que nos acompaña en el tiempo presente y nos impulsa hacia el futuro.

Miramos hacia adelante después de la Reforma

El camino de la fe no es algo estático, sino dinámico. Celebrar la Reforma es algo que nos debe animar a continuar la jornada. El verbo «reformular» significa: volver a formar, rehacer; modificar algo, por lo general con la intención de mejorarlo.⁴ La Reforma implica un proceso constante de transformación y mejoramiento. No se trata de algo culminado, sino de algo continuo. Al meditar en la Reforma, a mi recuerdo viene la expresión del apóstol Pablo a los Romanos: «. . . *transformense por la renovación de su entendimiento de modo que comprueben cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta*» (Ro 12:2, RVA-2015). Como **Pueblo Presbiteriano en la Tradición Reformada**, debemos reconocer que hemos recibido un maravilloso legado, un camino sobre el cual debemos continuar nuestra jornada de transformación y testimonio de la gracia divina. De esa herencia quisiera acentuar varios aspectos, expresados en forma de invitación.

Énfasis en el estudio de la Escritura

Debemos continuar afirmando **la centralidad de Las Escrituras**. Las Escrituras son, por excelencia, la regla de fe y vida para la persona creyente. La segunda de las preguntas para ordenación, instalación y comisión de oficiales en la Iglesia Presbiteriana (EE.UU.) lee como sigue: «¿Acepta usted que las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento son, por el Espíritu Santo, el testimonio único y autorizado de Jesucristo en la Iglesia universal, y la Palabra de Dios para usted?»⁵ No consideramos Las Escrituras como algo marginal, sino como fundamental e indispensable. Sin embargo, es importante notar que la centralidad de Las Escrituras no implica que entendamos

4. *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, www.rae.es

5. *El Libro de Orden*, (2015/2017), W-4.4003b.

La Biblia como un manual de recetas a ser interpretadas de forma literal. Sobre este particular, la *Confesión de 1967* nos ilustra:

«La Biblia debe interpretarse a la luz de su testimonio sobre la obra de reconciliación de Dios en Cristo. Las Escrituras, dadas bajo la dirección del Espíritu Santo, son, a pesar de todo, las palabras de seres humanos, condicionadas por el lenguaje, formas de pensar, y estilos literarios de los lugares y épocas en que fueron escritas. Reflejan puntos de vista sobre la vida, la historia y el cosmos prevaletentes en aquel entonces. Por lo tanto, la iglesia tiene la obligación de acercarse a las Escrituras con entendimiento literario e histórico. Así como Dios ha hablado su palabra en diversas situaciones culturales, la iglesia tiene confianza de que Dios seguirá hablando mediante las Escrituras en un mundo cambiante y en todas las manifestaciones de la cultura humana».⁶

A pesar de los avances en la investigación bíblica de los últimos 200 años, muchos sectores de la cristiandad en nuestros tiempos promueven un entendimiento de Las Escrituras cuasi mágico, degenerando muchas veces en la promoción de una fe tóxica, superficial, propensa a serios abusos y distorsiones que terminan alejando de la Iglesia a gente pensante, frustrada y decepcionada con eso que bien pudiésemos llamar «bibliolatría». Así como lo hicieron los reformadores en su época, como pueblo presbiteriano de herencia reformada podemos y debemos cultivar y promover el estudio serio de Las Escrituras, resaltando el siempre relevante testimonio que ellas nos dan de la gracia de Dios en Cristo.

Énfasis en la afirmación de las Confesiones

En esa misma línea de pensamiento, debemos continuar afirmando **la naturaleza confesional de la Iglesia**. Joe Small nos recuerda que desde sus comienzos las Iglesias de tradición reformada (en especial las que han seguido la herencia de Calvino y Zuinglio) se han caracterizado por la convicción de que cada una es llamada a confesar la fe en su tiempo y lugar particular («*in tempore*», «*in loco*»)⁷. La Iglesia Presbiteriana (EE.UU.) no se adhiere a una sola confesión de fe, sino que tiene doce documentos confesionales que representan testimonios cristianos en diversas épocas y lugares; desde los primeros siglos del cristianismo, pasando por los tiempos de la Reforma, y llegando a la época contemporánea. La transmisión del mensaje del reino de Dios en forma relevante es algo que se encuentra presente en el ADN de la Tradición Reformada. La Escritura afirma que «*Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos*» (Heb 13:8, RVA-2015). Nuestro Señor y Dios no cambia, pero el ser humano cambia y con ello evolucionan nuestras maneras de explicar y entender lo divino. Las metáforas de una cultura agraria al otro lado del mundo, no necesariamente van a tener el mismo valor para una cultura ciudadana en otro tiempo y otro lugar. Los problemas y preocupaciones de la Europa medieval, no necesariamente van a ser los mismos de Las Américas del Siglo XXI. Los retos y circunstancias cambian con los contextos. Por eso es necesario que la Iglesia se mantenga buscando formas de profesar y anunciar la fe, que sean pertinentes y que puedan llegar al corazón del pueblo donde testifica, y todo esto sin menospreciar el valor de la herencia recibida. Una de las virtudes de nuestra Iglesia Presbiteriana (EE.UU.), es

6. *El Libro de Confesiones*, 9.29

7. Joe Small, *To Be Reformed: Living the Tradition*, Witherspoon Press, 2010, p. 4.

que la adopción de un nuevo documento confesional no anula ni elimina las confesiones de siglos anteriores, sino que se suma al testimonio que estas nos ofrecen y lo enriquece para una nueva generación.

Énfasis en la educación

Continuar fomentando **la educación**. Una de las desventajas de los tiempos medievales es que la educación estaba muy limitada, prácticamente restringida su acceso al clero y a las clases pudientes. Los reformadores eran personas altamente educadas, pero no consideraron la educación como un tesoro personal para ser guardado, sino que promovieron que la instrucción y el conocimiento llegase a las masas. Eso lo podemos observar, por ejemplo, en su labor para hacer accesible el culto y las Escrituras a la gente en su propio idioma, en lugar del latín. En ese mismo espíritu, el trabajo misionero de la Iglesia Presbiteriana (EE.UU.) se ha caracterizado históricamente por la promoción de la educación donde quiera que llega. Sobre ello quiero resaltar dos ejemplos muy cercanos a mi corazón. En 1912, el Rev. John Will Harris fundó una escuela de nivel elemental y superior, el *Instituto Politécnico*, en San Germán, Puerto Rico. Dicha institución creció hasta convertirse en lo que es hoy la *Universidad Interamericana de Puerto Rico*, de la cual recibí mi grado universitario. Así mismo, en Cárdenas, Cuba, otro misionero presbiteriano, el Rev. Robert L. Wharton, dio comienzo al *Colegio Presbiteriano La Progresiva*, el cual se convertiría en una de las más importantes escuelas de enseñanza primaria y secundaria. Como consecuencia de la revolución cubana, La Progresiva cerró sus puertas en 1961, habiendo brindando un servicio de excelencia durante seis décadas. La misión educativa de La Progresiva hoy continúa dando frutos y tocando vidas a través de *La Progresiva Presbyterian School* en Miami, Florida.⁸

Uno de los «grandes fines de la Iglesia» incluye «la educación (. . .) de las criaturas de Dios».⁹ En medio de una cultura que sistemáticamente promueve el anti-intelectualismo como una virtud,¹⁰ es indispensable que la Iglesia afirme su compromiso en apoyar la educación a través de todos los medios que estén a su disposición. En tiempos de la Reforma, nuestros predecesores hicieron uso de la recién inventada imprenta como vehículo para reproducir y transmitir la enseñanza a la mayor cantidad de personas posibles. 500 años después contamos con un recurso inimaginable para los reformadores: las nuevas tecnologías disponibles a través de la internet, la «red de redes» de comunicación de alcance mundial.

Énfasis en el sacerdocio de todas las personas creyentes

Continuar afirmando (y, sobre todo, practicando) **el sacerdocio universal de todos los creyentes**. La cristiandad medieval estaba centrada en el clero. El clero servía como intermediario entre el pueblo y Dios. El clero era el educado, el clero era el que recibía la confesión, el clero era el que hacía ministerio. La respuesta de la Reforma a la vida eclesial centrada en el clero fue el principio del sacerdocio universal de los creyentes. Las oraciones y ruegos llegan directamente al Señor. No es necesaria la intervención de un sacerdote «oficial» que gestione la atención divina o el perdón de Dios. Los reformadores hablaron del **bautismo** como ceremonia de ordenación de las creyentes. La Iglesia Presbiteriana (EE.UU.) se refiere al papel del miembro de la Iglesia como un «ministerio» y provee una descripción amplia de todo lo que dicho ministerio puede incluir:

8. www.laprogresivaschool.org

9. *El Libro de Orden*, (2015/2017), F-1.0304

10. Para explorar más sobre este tema, consulte <https://www.psychologytoday.com/blog/wired-success/201407/anti-intellectualism-and-the-dumbing-down-america>

- proclamar las buenas nuevas en palabras y hechos,
- participar en la vida común y en la adoración de la congregación,
- levantarnos mutuamente en oración, cuidado mutuo y apoyo activo
- estudiar la Escritura y los asuntos de la fe y la vida cristiana,
- apoyar el ministerio de la iglesia mediante dádivas de dinero, tiempo y talentos,
- demostrar una nueva calidad de vida dentro y a través de la iglesia,
- responder a la actividad de Dios en el mundo mediante el servicio a otras personas,
- vivir responsablemente en las relaciones de vida, tanto en lo personal, como en lo familiar, vocacional, político, cultural y social,
- trabajar en el mundo por la paz, la justicia, la libertad y el desarrollo humano,
- participar en las responsabilidades gubernamentales de la iglesia, y
- revisar y evaluar regularmente la integridad de su membresía, y considerar maneras en las cuales la participación en la adoración y el servicio de la iglesia se puede incrementar y hacer más significativa.¹¹

Desafortunadamente, 500 años después de La Reforma, vemos que la vida congregacional en muchas partes sigue siendo una vida centrada en el clero. He visto congregaciones donde mucha gente ni siquiera se atreve orar y prefiere que sea la pastora o el pastor quien ore. La carta a los Efesios enumera oficios de su tiempo, indicando que su razón de ser es «*capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*» (4:12, RVA-2015). El ministerio de la membresía, a través del tiempo, se ha visto socavado por una fe (religiosidad) de consumo, cuando debiera estar caracterizado por una fe de acción. La feligresía se ve a sí misma como espectadora, cuando en realidad ha sido llamada para ser actora. Los tiempos actuales urgen que nos movamos de la mentalidad de consumo, a una mentalidad de acción y compromiso.¹² En su herencia reformada, nuestra Iglesia cuenta con los recursos bíblicos y teológicos para una práctica consistente del sacerdocio universal, o el «ministerio de los santos». ¡Cuánto más bien pudiésemos hacer si la Iglesia, en vez de estar compuesta de gente que observa a otros hacer, estuviese compuesta de gente que se prepara para servir y ministrar en el mundo que le rodea!

La Reforma no es algo que comenzó hace 500 años y terminó. La Reforma no es una pieza de literatura para ser confinada en la biblioteca de un museo. La Reforma tiene que continuar el camino de transformación constante. La pregunta entonces es ¿tendremos la disposición a asumir nuestro compromiso reformador en el tiempo presente?

Soli Deo Gloria.

11. *El Libro de Orden* (2015/2017), G-1.0304

12. Para una lectura más profunda sobre el tema y sus aplicaciones prácticas, consulte la obra de Anthony B. Robinson, *Transforming Congregational Culture*, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2003.

500 años y contando

Preguntas para el dialogo

Michelle Bartel

1. El autor toma la historia en serio. Él declara que «celebrar la Reforma es algo que debe animarnos a continuar el viaje». ¿Qué acerca de la Reforma le anima a continuar como parte del pueblo presbiteriano? ¿Cómo participante en su congregación? ¿En su propio camino de fe?
2. Capella-Pratts observa que podemos tender a interpretar las escrituras de una manera «mágica», distorsionándola. En su lugar, él recomienda el estudio formal de las Escrituras y de las particulares pautas interpretativas. ¿Cuáles son las fortalezas que trae para estudiar las Escrituras en su comunidad de adoración? ¿Cuáles son las fortalezas que quiere construir para convertirle en un estudiante más profundo de las Escrituras?
3. El autor señala que la naturaleza confesional de nuestra denominación es vital para compartir la fe de una generación a otra, de un contexto a otro. En términos prácticos, ¿qué significaría «afirmar la naturaleza confesional de la iglesia» en su congregación?
4. ¿Existe un alto valor en la educación en su congregación? ¿Qué cree que su comunidad de adoración obtendría si se le diera mayor énfasis a la enseñanza? Ayudar a todas las personas a entender la teología fue un sello distintivo de la reforma. ¿Cómo esto podría animarle a usted y a su comunidad a continuar su camino?
5. Capella-Pratts concluye esta Conversación Teológica animándonos a pensar que el ministerio pertenece a todos en una comunidad de adoración. Si usted y su congregación se ven como ministros y como pastor/a o pastores/as como aquellos/as que les equiparon, ¿qué cambiaría? ¿Podría esto ser el regalo más duro de la Reforma de continuar hacia adelante? ¿Por qué o por qué no?